

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

La ilusión de un partido político moderno.

Luoni, Osvaldo.

Cita:

Luoni, Osvaldo (2009). *La ilusión de un partido político moderno*. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/1033>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LA ILUSIÓN DE UN PARTIDO POLITICO MODERNO

Oswaldo Luoni

INTRODUCCIÓN

El peronismo es como esos pacientes que le dicen a su médico: “Reviseme si quiere, doctor. Pero, desde ya, le advierto que no tengo nada”. Sólo una imagen semejante puede ilustrar la recurrente aversión de quienes integran esta fuerza política a considerarlo un partido político. Como ejemplo bien valen las palabras, dichas a mediados de la década de 1980, de un dirigente peronista:

“Así como los partidos políticos parten del supuesto de que la sociedad ya está organizada y en consecuencia se disponen a cumplir una función en ella, el movimiento es esencialmente cuestionador de las bases sobre las que reposa dicha organización”.¹

Para muchos integrantes del peronismo, esa fuerza política es, sin más vueltas, un movimiento. Un movimiento donde la idea de un partido estaba presente, pero en un sentido netamente instrumental. Porque:

“mientras existe el líder carismático –en nuestro caso el Gral. Perón- el partido cumple una función meramente comicial”.²

Esta postura, del peronismo como un movimiento, fue tan poderosa que finalmente la sola idea de que se lo pudiera concebir, en términos analíticos, como algo semejante a un partido político nunca fue suficientemente trabajada. Siguiendo nuestra anécdota del médico, éste terminó diagnosticando la buena salud del paciente tan convencido sin siquiera revisarlo.

¹ Rapetti, Ricardo F., “Movimiento y partido”, en Frenkel, Leopoldo, *El Justicialismo*, Buenos Aires, Legasa, 1984.

² *Ibidem*, p. 32.

No resulta extraño, entonces, que uno de los primeros trabajos realizados sobre el Partido Peronista comience afirmando que “*uno de los aspectos más singulares del movimiento Peronista ha sido siempre la ausencia de un eficaz partido político*”.³

La ausencia de estudios sobre el Partido Peronista también puede hacerse extensiva al resto de las organizaciones político-partidarias. Si bien en los últimos años ha existido un avance sustantivo para cubrir ese vacío, todavía estamos lejos de poseer un cuerpo bibliográfico significativo. Respecto del peronismo, la aparición de nuevos abordajes que conceptualmente lo consideran como un partido político representa, en este contexto, un avance importante.⁴

Este trabajo se propone avanzar sobre un aspecto de la reorganización partidaria peronista ocurrida entre 1983 y 1988 que no ha sido suficientemente destacado, a saber: la lucha por definir un nuevo esquema de distribución del poder dentro de este espacio político. Durante esta etapa se registró en el peronismo una mayor inclinación a privilegiar al partido como un espacio suficiente de acumulación de poder, en perjuicio de otras instancias -como las organizaciones sindicales- que históricamente habían cumplido esa función. Esto no impidió que esta fuerza política profundizara su fragmentación ni evitó una traumática renovación de su cuadro dirigente. Por el contrario, definió un modelo de organización partidaria en el que las fuerzas del peronismo de las provincias, ante la imposibilidad de reconstruir una conducción centralizada y nacional, pudiesen establecer y/o deshacer coaliciones informales de poder.

En las próximas líneas se expondrán los trazos finos de este proceso. Valga aclarar que las mismas no pretenden introducir un aporte original al conocimiento histórico. Sí, en cambio, buscan construir –a partir de los aportes más destacados que sobre el peronismo fueron elaborados tanto desde la historia como desde la sociología y la ciencia política- un relato que, centrado en determinadas etapas y actores, permita una comprensión más acabada de ese fenómeno histórico y político.

³ Little, Walter, “Party and State in Peronist Argentina, 1945-1955”, en *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 53, No. 4, (Nov., 1973), p. 644.

⁴ Ver Mackinnon, Moira, *Los años formativos del partido peronista*, Siglo XXI – Instituto Di Tella, Buenos Aires, 2002.

1 - ASPECTOS PRELIMINARES

A - PARTIDO DE GOBIERNO Y LIDERAZGO CARISMÁTICO (1945-1955)

En tanto líder con cualidades carismáticas, Perón fue capaz de aglutinar detrás de su figura un conjunto de agrupaciones políticas y sociales escasamente articuladas entre sí previamente. De esa, hasta entonces, inédita amalgama de políticos tradicionales que habían abjurado de sus partidos de origen y sindicalistas de la vieja guardia surgió la fuerza electoral que encumbró a Perón como primer mandatario argentino, en febrero de 1946.⁵

Una vez que fue revalidada su posición en el poder (recordemos que el ascenso político de Perón había comenzado luego del golpe de Estado del 4 de junio de 1943 y recibe un espaldarazo decisivo luego de las jornadas de octubre del 45), y con los recursos del Estado a su disposición, Perón pretendió convertirse en el jefe de un movimiento que contuviera a una vasta red de organizaciones populares, tanto sociales como político partidarias. Ante al intento del sector sindical de institucionalizar el frente electoral que lo consagró presidente, el nuevo líder ordenó disolver las agrupaciones partidarias que lo habían apoyado. Unas semanas después de asumir como jefe del Estado Perón constituyó el Partido Único de la Revolución, con los restos del Partido Laborista, la Unión Cívica Radical (Junta Renovadora) y los Comités Cívicos Independientes, todas organizaciones de efímera existencia. Un año después pasó a denominarse Partido Peronista.

La consolidación definitiva de su liderazgo llegaría, sin embargo, unos años después, cuando por distintos métodos logró -mediante sus redes de apoyo, ya fueran éstas políticas o sindicales- neutralizar a los elementos más refractarios, cooptar a los más elusivos y promocionar a los obsecuentes. Hasta entonces, Perón había ensayado fórmulas mediante las cuales pretendía, de alguna manera, sujetar a la organización a los manejos discrecionales de su conducción. Así, las disposiciones contenidas en la carta orgánica, sancionada en 1947, no aseguraban mecanismos estables de promoción jerárquica dentro de la estructura partidaria ni de selección de candidatos para cargos electivos; la libertad de acción de la segunda línea de dirigentes se reducía a un mínimo

⁵ Torre, Juan Carlos, *La vieja guardia sindical y Perón. sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana – Instituto Torcuato Di Tella, 1990; Del Campo, Hugo, *Sindicalismo y peronismo: los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005

y otorgaba al jefe de la fuerza política la potestad de revisar y cambiar las decisiones de los órganos partidarios y de vetar o promocionar dirigentes.⁶

Sin embargo, según nuestra perspectiva, la explicación del papel subsidiario al que se buscaba relegar al partido no debería cargar tanto las tintas en las interpretaciones que sugieren un avance de la concentración de poder en torno del núcleo dirigente, a cuya cabeza se encontraba Perón; sino que tal relegamiento debería leerse como un mecanismo que permitía encuadrar en sus estructuras respectivas a las organizaciones populares que integraban esa fuerza política. Aplicando esos mecanismos, se buscaba evitar los supuestos peligros que hubiera implicado la institucionalización de una organización centrada en el carisma de su máxima dirigente si, por ejemplo, prosperaba una posible autonomización de los mandos medios. A todas luces, se quería evitar repetir la experiencia, prontamente frustrada, del Partido Laborista.

Perón, con razón, suponía que no podía desactivar las expectativas de participación política de la base social que lo había encumbrado como líder indiscutido de una gran parte de los argentinos. En función de ello, volcó una considerable masa de recursos estatales a la tarea de ampliar y fortalecer sus canales representativos naturales: las organizaciones sindicales. Tampoco desconocía los riesgos que suponía potenciar un poder sectorial, por esta razón, los crecientes beneficios dirigidos a los sindicatos fueron acompañados por una no menos amplia intervención estatal en las relaciones laborales.

La reorganización partidaria ocurrida en 1951 fue la manifestación más patente de la permanente concentración de poder en torno de la figura del líder: buscando flexibilizar las formas organizativas partidarias clásicas y acentuando el carácter movimientista de su fuerza política, éste instituyó una estructura de decisiones paralelas, el Comando Estratégico, a cuya cabeza se colocó, junto con su círculo más próximo. Lo acompañaban los representantes del partido (para ese entonces convertido en un mero mecanismo formal para fines electorales y de patronazgo), del Partido Peronista Femenino y de la CGT.

La nueva relación de fuerzas se plasmó en una particular delimitación de los espacios de competencia entre los sectores confrontantes. Así, surgieron las “ramas”, concepto que designaba el lugar que se le asignaba a cada sector dentro la estructura del

⁶ Mustapic, Ana María, “Del partido peronista al partido justicialista”, en Cavarozzi Marcelo y Abal Medina Juan Manuel (comp.), *El asedio a la política: los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Rosario, Homo Sapiens - Konrad Adenauer Stiftung, 2002.

movimiento. A la rama sindical le correspondió, entonces, la intermediación de intereses de los obreros sindicalizados a través del monopolio de la Confederación General del Trabajo (CGT). Los miembros del partido seguirían cumpliendo la función de aportar recursos humanos para el aparato administrativo estatal; y, en función de la introducción del voto femenino, las afiliadas justicialistas se organizaron en el Partido Peronista Femenino. Esta particular distribución del poder se materializaba en las ocasiones electorales, cuando a cada rama se le asignaba un 33 % de las candidaturas para los cargos electivos.⁷

La organización partidaria, dijimos, sólo cobraba relevancia en las instancias electorales, reduciéndose su función a la de mera maquinaria administrativa, poco apta como vehículo de participación popular. De este modo, tanto se subordinaba como auxiliaba al esquema organizativo dominante. Cuando Perón fue derrocado a mediados de setiembre de 1955 por un golpe militar, una sucesión de normas legales condenaron al movimiento peronista a la nulidad política y el partido, de por sí débil, fue puesto fuera de la ley. Sus principales dirigentes políticos y sindicales fueron detenidos y luego encarcelados. La central obrera, CGT, y los sindicatos fueron intervenidos, el Partido Peronista fue disuelto y se prohibió la utilización de símbolos vinculados al movimiento depuesto. Incluso, se instrumentó una norma que impedía mencionar el nombre del líder derrocado. Sin embargo, por encima de un partido poco fuerte, al que resultó fácil proscribir, los militares golpistas evaluaron que la verdadera base de poder del peronismo se encontraba en los sindicatos, y hacia allí dirigieron todos los esfuerzos tendientes a regenerar a las masas peronistas.⁸

B - LOS AÑOS DE LA PROSCRIPCIÓN Y EL PAPEL DE LOS SINDICATOS (1955-1973)

Para comienzos de la década del 60, los peronistas habían recuperado la hegemonía dentro del campo sindical, a través de las 62 Organizaciones. Aunque esa entidad mantenía hacia afuera una imagen de unidad, la cuestión en torno a la figura de Perón

⁷ Ciria, Alberto, *Política y cultura popular: la Argentina peronista. 1946-1955*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1983.

⁸ McGuire, James W., *Peronism without Peron: Unions, Parties and Democracy in Argentina*, Stanford, Stanford University Press, 1997; James, Daniel, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora, 1946-1976*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006

había generado internamente una serie de fricciones entre sus integrantes. De todas las facciones en danza, la que agrupaba a los sindicatos más fuertes (como, por ejemplo, el de los metalúrgicos, a cuya cabeza se encontraba Augusto T. Vandor) era quien contaba con mayor capacidad de presión y negociación en la relación con sus empleadores, haciendo pesar ese atributo en las relaciones que entablaba con otros factores de poder. Muy pronto esa fortaleza sería utilizada para ganar posiciones dentro de las bases peronistas y para asumir, eventualmente, su liderazgo.

Como hace notar James⁹, el avance que haría Vandor sobre el ala política del peronismo no hacía más que legalizar una situación que para ese entonces se daba de hecho. En efecto, el proyecto político del jefe de las 62 Organizaciones implicaba la reconversión del peronismo (previa marginación del líder exilado y de los elementos más recalcitrantes) en un partido de base sindical, anticomunista, electoral y, fundamentalmente, potable para el poder militar. El poder sindical buscaba, de esa forma, el reconocimiento de la nueva relación de fuerzas que se había establecido en el peronismo en los años siguientes al levantamiento militar que acabó con la presidencia de Perón, en 1955. El aumento de la influencia de Vandor era, sin embargo, proporcional al crecimiento de sus adversarios políticos; a esta circunstancia Perón pronto la haría jugar a su favor.

Las elecciones para gobernador de la provincia de Mendoza, en abril de 1966, marcaron el momento extremo de ese conflicto. Generalmente identificadas como un punto de inflexión en el enfrentamiento entre el ex presidente y el titular del poderoso gremio metalúrgico, esta votación debería ser considerada como la primera interna abierta virtual dentro del peronismo en su historia; puesto que ese test electoral sería una muestra representativa (en virtud de las condiciones socio económicas del electorado mendocino) de cómo votaría el electorado de las áreas industrializadas en las elecciones del año siguiente para renovar gobernadores. También darían un indicio del lugar donde descansaba el poder real en el peronismo. Vandor y Perón apoyaron a dos candidatos distintos. Finalmente, un partido local de esa provincia (el Demócrata) fue el vencedor de esas elecciones, pero el candidato de Perón casi duplicó los votos del respaldado por

⁹ James, Daniel, *Resistencia e integración...* ; ver, asimismo, James, Daniel, “Sindicatos, burócratas y movilización”, en James, Daniel (director), *Nueva Historia Argentina, Tomo IX – Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.

Vandor. Como era de esperar, ese resultado electoral provocó un rápido realineamiento de fracciones en el interior del peronismo en general y del sindicalismo de ese signo político, en particular. En el plano político, el proyecto de un partido político peronista sin el liderazgo de Perón tocó a su fin. Este último emergió, otra vez, como líder indiscutido de su movimiento.

En la etapa que se abre con el golpe de estado de 1966 y que culmina con el regreso de Perón al poder siete años después, el peronismo privilegió distintos e incluso divergentes mecanismos de acumulación de poder. Así, es posible identificar en el caso de los dirigentes sindicales estrategias que fluctuaron entre el colaboracionismo explícito con el régimen militar y una manifiesta hostilidad; los sectores juveniles -cuya activación política y adhesión al peronismo había sido reciente- optaron, en cambio, por mecanismos militarizados y antisistémicos de acumulación de fuerzas. Finalmente, con el agotamiento de la experiencia dictatorial, el peronismo (junto con otros partidos políticos) reclamó y obtuvo la reimplantación del juego electoral sin exclusiones, mecanismo a cuya lógica intentaron, no sin conflictos, ajustarse.

Para ese entonces, el peronismo, recordemos, no contaba ni con una tradición organizativa formal ni con mecanismos precisos para la resolución de los conflictos internos. El Partido que integró la coalición victoriosa en las dos elecciones presidenciales de 1973 fue el resultado de un proceso –crecientemente violento- en el que las principales características organizativas se definieron por fuera del armado partidario. Los protagonistas principales del juego fueron los sindicatos, el propio Perón y un actor reciente, las organizaciones juveniles, quienes fueron oficialmente incorporadas al movimiento como “cuarta rama”.

C - LA MUERTE DEL LÍDER Y LA PUGNA POR LA SUCESIÓN (1973-1982)

Perón, recordemos, había designado, de cara a las elecciones que lo llevarían nuevamente a la presidencia, a su entonces esposa, María Estela Martínez (Isabel), como acompañante de fórmula. De acuerdo con la Constitución argentina, el vicepresidente queda a cargo de la jefatura del Estado si, por diversos motivos, el puesto presidencial queda vacante. La elección que realizó Perón de un personaje de su círculo íntimo –su tercera esposa- parecía ser un mecanismo para aislar a los sectores

radicalizados del movimiento y, a la vez, no mostrar un compromiso público con algún sector. Quien en ese momento era un dirigente juvenil, lo explica de este modo:

*“Isabel Perón fue lo más parecido a no designar un vicepresidente. Otra figura hubiera significado inclinarse para uno u otro sector. Perón era consciente del tiempo de vida que le quedaba.”*¹⁰

El sector sindical hubiera preferido imponer un candidato propio para ese cargo; sin perjuicio de ello, como buscaban recuperar las posiciones que los sindicatos combativos habían ocupado en los años anteriores, esa elección, de momento, les resultaba satisfactoria.¹¹

Junto con la ausencia explícita de un “testamento político”, resulta importante señalar la presencia de lo que Vicente Palermo¹², con acierto, denomina “divergentes perspectivas sucesorias”; esto es, la cesión que Perón realiza de las cualificaciones carismáticas a múltiples actores (Isabel, los sindicalistas o el pueblo) en forma simultánea, sin inclinarse por alguno en particular.

Inmediatamente después de la muerte de Perón, ocurrida el 1º de julio de 1974, la relación de fuerzas dentro del peronismo pareció inclinarse en beneficio del círculo más cercano al líder fallecido. Junto con la nueva jefa de Estado, Isabel, la figura más relevante del gobierno fue el Ministro de Bienestar Social José López Rega. Éste último era la cabeza en las sombras de la “Triple A”, organización paramilitar compuesta por sicarios vinculados a la extrema derecha del peronismo que asesinaría en el bienio siguiente a centenares de militantes de la izquierda peronista y de otras agrupaciones.

Pese a ésta, la disputa por el control y liderazgo del peronismo no se saldaría en forma definitiva durante los casi dos años de mandato de Isabel. La puja por esa cuestión terminó enfrentando en una batalla cruenta a las organizaciones guerrilleras del peronismo, a las bandas armadas de ultraderecha (amparadas desde el gobierno) y a los

¹⁰ *Archivo de Historia Oral de la Argentina Contemporánea 1958-2003*, entrevista con Alberto Iribarne.

¹¹ Un acercamiento profundo y minucioso a las actividades del sindicalismo peronista desde 1973 puede verse en: Torre, Juan Carlos, *El gigante invertebrado. Los sindicatos en el gobierno (1973-1976)*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

¹² Palermo, Vicente, *Democracia interna en los partidos las elecciones partidarias de 1983 en el radicalismo y el justicialismo porteños*, Buenos Aires, Instituto de Desarrollo Económico y Social, 1986.

sindicatos.¹³ Durante ese lapso, los dirigentes sindicales peronistas recuperarían importantes espacios de poder. En este sentido, en octubre de 1974 lograron desplazar al Ministro de Economía e inspirador de los lineamientos esenciales del programa económico del peronismo, Jose Ber Gelbard; meses después, en junio de 1975, se enfrentaron y vencieron a López Rega. Luego de estos incidentes, los sindicatos obtuvieron por fin el control del peronismo. Empero, esta nueva situación no pudo ser aprovechada. El 24 de marzo del año siguiente las Fuerzas Armadas destituyeron a la presidente mediante un golpe de estado.

Entre esa fecha y diciembre de 1983, el país vivió bajo una dictadura militar. Durante ese tiempo, los militares no tomaron represalias específicas contra el peronismo. Sí, en cambio, suspendieron las actividades de todos los partidos políticos y, como también era de esperarse, procedieron a detener y a colocar bajo su disposición discrecional a los principales referentes del gobierno derrocado, bajo diversas acusaciones.

El sindicalismo fue una víctima de primer orden de la política represiva instrumentada por los militares. Durante las semanas siguientes al golpe, cientos de delegados sindicales y trabajadores fueron detenidos. Se montaron centros clandestinos de torturas y asesinatos, algunos en establecimientos industriales importantes. En el plano de la política laboral, el gobierno castrense suspendió las convenciones colectivas de trabajo e intervino un número importante de sindicatos y obras sociales. Estas acciones, junto con la aplicación a rajatabla de un plan económico de fuerte orientación neoliberal, impactaron negativamente sobre el mundo del trabajo y sus organizaciones corporativas. El contexto mundial, signado desde 1973 por la crisis y reconversión del sistema capitalista, favoreció ese escenario. De esta suerte, para fines de la experiencia autoritaria, si bien los resultados de ese proceso no se habían manifestado en su totalidad, las bases materiales del poder sindical se hallaban bastante golpeadas.¹⁴

¹³ Svampa, Maristella, “El populismo imposible y sus actores, 1973-1976”, en James, *Nueva Historia Argentina...*; Godio, Julio, Perón. *Regreso, soledad y muerte (1973-1974)*, Buenos Aires, Hyspamerica, 1986.

¹⁴ Para profundizar este aspecto, véanse Novaro, Marcos y Palermo, Vicente, *La dictadura militar 1976/1983. Del golpe de estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós, 2003; Palomino, Hector, “Los cambios en el mundo del trabajo y los dilemas sindicales”, en Suriano, Juan (director), *Nueva Historia Argentina Tomo X. Dictadura y democracia*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

2 – LA NUEVA MATRIZ DE PODER EN EL PERONISMO

A - EL JUEGO ELECTORAL IMPONE SU LÓGICA (1982-1985)

En los albores del proceso de liberalización política producido luego de la Guerra de Malvinas se puede advertir en las organizaciones políticas una fuerte tendencia a ajustar la lucha política a los mecanismos electorales y partidistas. Desactivado el movimiento insurgente y aplacado el fervor movilizador de la década anterior, los partidos políticos tradicionales –aunque débiles y con sus dirigencias cuestionadas- fueron los canalizadores naturales de la movilización popular. Los casi cuatro millones de ciudadanos que se reafiliaron a algunas de las expresiones partidarias confirmaron esa tendencia. De esta suerte, quien quisiera conservar o ampliar su cuota de poder político debía, al menos formalmente, encuadrarse en una organización partidaria y aspirar a dominarla.

En el peronismo, esa tendencia fue bien advertida por un grupo de dirigentes sindicales quienes, por contar con una cantidad relativamente mayor de recursos materiales y humanos, creyeron conservar un importante poder dentro de la organización. Merece destacarse que una gran parte de los dirigentes del ala política del partido consentían explícita o tácitamente la posición central que sus pares sindicales se adjudicaban. Para ese entonces, el sector “político” del partido presentaba una gran fragmentación que replicaba a la división existente en el mundo sindical. En los hechos, quienes se candidateaban para ocupar un lugar en la fórmula presidencial del peronismo contaron con el patrocinio de algunos los líderes de las corrientes en las que se hallaba escindido el sindicalismo.

En ese contexto, el proceso de selección de autoridades partidarias y de candidatos a cargos electivos desarrollado en los meses previos a las elecciones nacionales de 1983 fue manipulado en su totalidad por un grupo de notables del sindicalismo peronista, a cuya cabeza se encontraban Lorenzo Miguel (del sindicato metalúrgico) y Diego Ibáñez (petroleros)¹⁵. Este último fue el nexo entre esa dirigencia sindical y el caudillo político de la provincia de Buenos Aires, Herminio Iglesias, ex intendente del populoso distrito

¹⁵ De acuerdo con Carlos Corach, dirigente del peronismo porteño y ministro del Interior (1995-1999), la totalidad de los cargos electivos, desde el presidente hasta el último concejal, fueron decididos en las oficinas de la Unión Obrera Metalúrgica, entrevista con el autor.

de Avellaneda entre 1973/76 y referente del ala derecha del partido. Iglesias controlaba a un importante número de congresales nacionales de esa provincia.

La jefa formal del partido, Isabel Perón, permaneció ajena a ese proceso, acaso por su frustrado intento de pactar con el ex líder de la Armada, Emilio Massera, una nueva conducción para el justicialismo¹⁶. El 30 de octubre de ese año, el peronismo era derrotado en elecciones libres y sin proscripciones por primera vez en su historia.

El acto eleccionario de octubre, considerado un punto de inflexión en la historia política argentina, mostró un triunfo contundente del Partido Radical (UCR): casi un 52% del electorado optó por esa agrupación. El peronismo, no obstante, mantuvo un caudal de votos cercano al 41% y se alzó con doce de las veintidós gobernaciones provinciales en disputa. El radicalismo triunfó en la estratégica provincia de Buenos Aires y pudo colocar a su candidato a gobernador. Sin embargo, el cordón de localidades que rodea a la ciudad de Buenos Aires fue duramente disputado y el peronismo logró quedarse con varias intendencias; muchas de ellas, con un elevado padrón electoral¹⁷. Ese núcleo triunfante del peronismo (los gobernadores y los intendentes del conurbano bonaerense) sería el germen del futuro bloque de poder dentro de esa fuerza política. Y ese esquema de sesgo federalista habría de definir el funcionamiento del peronismo durante los años siguientes.

Golpeado por la derrota, al peronismo le tomaría un lustro materializar esa nueva relación de fuerzas. En el marco de ese proceso, la lógica de funcionamiento de la organización partidaria registraría cambios significativos y, en algún sentido, inéditos para su tradición política. Recordemos que el sistema electoral interno del peronismo fijaba que la elección de autoridades y de candidatos a cargos electivos debía realizarse de forma indirecta. Esto significa que cada afiliado se encontraba en condiciones de elegir directamente, en el nivel de las circunscripciones o de las secciones electorales, a quienes formarían parte de un congreso distrital. Este congreso, a su vez, sería el encargado de designar a los delegados que en la instancia nacional consagrarían, en un próximo congreso, a las autoridades nacionales y a los integrantes de la fórmula presidencial. Si bien estas disposiciones se ajustaban a las sucesivas reglamentaciones

¹⁶ Entrevista del autor con Carlos Corach, mayo de 2009.

¹⁷ De entre las 19 intendencias que entonces pertenecían al Gran Buenos Aires, el Partido Justicialista triunfó en La Matanza, Florencio Varela, Merlo, Moreno, Esteban Echeverría y Berazategui, San Vicente, Almirante Brown, Lanús y Lomas de Zamora y Pilar Cf.: *Tiempo Argentino*, 01/11/1983.

electorales oficiales, los representantes legales del partido habían solicitado y obtenido de la justicia electoral la autorización para que en caso de existir consenso alrededor de un candidato, éste puede ser proclamado por “aclamación”¹⁸; es decir, sin recurrir a la votación nominal de los congresales. Este mecanismo había sido utilizado en los congresos partidarios que proclamaron las candidaturas de Cámpora y de Perón, en 1973, y la del binomio Luder-Bittel, diez años más tarde¹⁹.

En los meses previos a la elección de la fórmula justicialista, en 1983, se había pensado en la posibilidad de introducir el voto directo de los afiliados. El entonces vicepresidente del partido, Deolindo Bittel, haciéndose eco de esos reclamos, afirmaba en marzo de ese año que nada impedía que se pudiera establecer ese mecanismo; pero que, sin embargo, la decisión de introducirlo debía ser tomada por los congresales que surgirían de las elecciones internas que habrían de realizarse en agosto de ese año²⁰. El partido contaba en ese tiempo con cerca de tres millones de afiliados reales y la utilización de ese método, que era reclamado por dirigentes con alguna notoriedad pública pero sin peso en la estructura partidaria, podía acarrear resultados imprevistos para el núcleo hegemónico de esa fuerza.

En el tramo siguiente a la derrota de la fórmula presidencial peronista, los reclamos por cambios en los métodos de selección y por el establecimiento de elecciones directas fueron promovidos por los dirigentes que -con cargos ejecutivos o no- reclamaban un cambio en la conducción nacional del justicialismo y el reemplazo del titular del partido en la provincia de Buenos Aires, Herminio Iglesias. La tendencia antioficialista, hasta entonces de carácter difuso y con intereses contrapuestos, comenzó a manifestarse de un modo notoriamente visible en ocasión del congreso partidario celebrado en las instalaciones del Teatro Odeón de la ciudad de Buenos Aires en diciembre de 1984. Rechazando el mecanismo de “aclamar” a la nueva conducción partidaria propuesta por la saliente, 414 delegados (de un total de 656) abandonaron el encuentro en señal de protesta. Esos congresales disidentes optaron por continuar con la realización del congreso en la ciudad de Río Hondo, en la provincia de Santiago del Estero, en febrero del año siguiente, estableciendo una conducción paralela a la oficial.

¹⁸ Poder Judicial de la Nación, Secretaría Electoral, Expediente n° 4437/71 “Partido Justicialista Orden nacional s/ Personería Jurídica”, fs. 358.

¹⁹ Los mecanismos de selección indirecta de autoridades y candidatos fueron extensamente trabajados por Duverger; véase: Duverger, Maurice, *Los partidos políticos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

²⁰ Tiempo Argentino, 02/03/83.

La pugna por establecer un nuevo mecanismo de funcionamiento partidario que contuviera nuevas pautas para la elección y promoción de dirigentes revelaba hasta dónde estaban dispuestos a hacer pesar su poder dentro del partido los funcionarios que habían sido electos en las elecciones nacionales anteriores. Por otra parte, producida la derrota electoral, los lazos que sujetaban a la conducción formal del peronismo con sus bases se debilitaban progresivamente. La derrota electoral profundizó el estado de fragmentación en que se encontraba sumida esa fuerza política. Para fines de 1984, el partido se había polarizado entre quienes buscaban perpetuarse en sus puestos de conducción y los nuevos barones del justicialismo: los gobernadores provinciales.

En las semanas posteriores al congreso celebrado en el Teatro Odeón la mayoría de los congresales de todas las provincias (con excepción de Buenos Aires, Córdoba, Formosa, Río Negro, Santa Fe y la Capital Federal) se declaraban disidentes. Esa división se materializaba, asimismo, en otros espacios institucionales: en la Cámara de Diputados de la Nación, los legisladores disidentes ascendían a setenta sobre un total de ciento once. En la Cámara Alta, la diferencia era más apabullante: sólo un senador, el líder catamarqueño Vicente Saadi, adscribía al oficialismo partidario. A esa dicotomía debieron ajustarse los que quedaban fuera de esos dos grandes núcleos. En la práctica, la lógica distrital habría de dictar los ritmos, la intensidad y las formas del intento de reorganización partidaria. De esta suerte, en la estratégica provincia de Buenos Aires, los sectores opuestos a Herminio Iglesias romperían el partido en ocasión de las elecciones de renovación legislativa de fines de 1985. En cambio, los dirigentes disidentes que preveían serias posibilidades de triunfo sobre la conducción oficial en sus distritos, como en el caso de la Capital Federal, privilegiaban estrategias de “renovación concertada”.

Los sucesivos congresos partidarios (como el celebrado en Río Hondo y el “congreso de la unidad” de Santa Rosa, ambos de 1985) no modificarían formalmente la cúpula de conducción del partido. Sí se advertirían durante esta etapa realineamientos de fuerzas en cada uno de los sectores. En el congreso mencionado en primer término, los congresales consagraron una mesa de conducción alternativa a la oficial bajo una modalidad que privilegiaba la representación por provincias y no por líneas internas. En forma complementaria, decretaron la intervención del justicialismo de la provincia de Buenos Aires y se fijaron los criterios para la elección de autoridades partidarias y de los candidatos a cargos electivos, triunfando la propuesta que contemplaba la elección

directa por distritos. La heterogeneidad y los intereses divergentes dentro del sector autodenominado “renovador” fueron aprovechados por el sector oficial, quienes en el “congreso de la unidad”, realizado en julio en la ciudad de Santa Rosa, pudieron neutralizar a los dirigentes de los sectores menos concesivos con la continuidad, aunque esta apareciera arropada con una vestimenta innovadora.

B - LA ILUSION DE UN PARTIDO MODERNO (1985-1989)

Existen, a nuestro entender, dos variables que permiten comprender la trayectoria del peronismo durante los primeros dos años posteriores al restablecimiento de la democracia:

- A. La recomposición organizativa y política de los sindicatos y
- B. La estabilidad que el gobierno de Alfonsín había alcanzado luego de la aplicación del Plan Austral (a comienzos del segundo semestre de 1985), luego de un año y medio de continuos intentos sediciosos de sectores vinculados a las Fuerzas Armadas y a las organizaciones de la extrema derecha.

Ambas cuestiones apuntaban directamente a definir las características del proceso de reorganización del peronismo: la recomposición sindical intervenía bajo la forma de una malla de contención tendida para resistir los intentos del alfonsinismo de quebrar la base social organizada sobre la que descansaba el poder peronista; en cuanto a la segunda cuestión, el gobierno nacional imponía con mediana eficacia los términos bajo los cuales pretendía definir a futuro la lucha política. Ésta debía plantearse en un marco semejante al de una “democracia de partidos”, totalmente purgado de aristas corporativas. La relación entre gobierno, partidos y sindicatos mostraba hasta qué punto ambas cuestiones se encontraban íntimamente vinculadas.

Recordemos que Alfonsín le dedicó al sindicalismo unos de sus primeros proyectos: la ley de Reordenamiento Sindical. Esa norma aspiraba a neutralizar el poder del peronismo dentro de los sindicatos. La derrota en el Senado nacional de ese proyecto de ley, en los primeros meses de 1984, debido a los votos en contra de la primera minoría peronista (más la ayuda de algún aliado de un partido provincial) representó para el peronismo la posibilidad de ponerle un techo a las consecuencias negativas de la derrota electoral del mes de octubre anterior. El sindicalismo pudo encontrar en el dirigente cervecero Saúl Ubaldini a la figura aglutinante, de predisposición combativa que se

colocaría como punta de lanza del peronismo para entablar una guerra de desgaste sobre la gestión radical.²¹

*“Esa estrategia de confrontación de la CGT –sostiene Héctor Palomino- incluía también un componente político partidario. Los sindicatos aparecieron como los grandes derrotados en las elecciones de 1983, cuando encabezaron el PJ y lograron colocar veinticinco diputados de origen sindical en el Congreso. Luego de la derrota, el peronismo se fragmentó en varias líneas internas y no pudo estabilizarse como un interlocutor central del gobierno a pesar de ser la principal fuerza opositora. Un partido dividido y sin rumbo tendió a ser sustituido, en el espacio público, por un sindicalismo peronista cada vez más intransigente con la política oficial y apoyado en los reclamos sindicales de los trabajadores”*²²

Además, la recepción positiva en gran parte de la sociedad del plan estabilizador económico aplicado por el alfonsinismo, junto con el triunfo del partido gobernante en las elecciones legislativas de 1985 instalaron un “clima de época” que algunos dirigentes del peronismo supieron decodificar correctamente. La estabilidad del nuevo ciclo democrático dependía de la mediación eficaz de los partidos políticos. Y el peronismo debía ajustarse a esa lógica; o, por lo menos, aparentar que se marchaba en ese sentido. Se trataba, en fin, de la ilusión del peronismo de funcionar como un partido moderno en el marco de una no menos ilusoria democracia de partidos.

Dentro del peronismo, el realineamiento de fuerzas pareció solucionar provisionalmente el problema de la sucesión del fundador y líder y colocó, en los hechos, la conducción de esa fuerza política en cabeza de las cúpulas provinciales. Esto solucionaba un problema pero creaba otro: con un ritmo dispar, todos los distritos encararon eficazmente el proceso de reorganización partidaria y sus referentes tácitamente aceptaban ese esquema de conducción colegiada. El problema, sin embargo, se presentaba en la provincia de Buenos Aires, donde el justicialismo se encontraba en la

²¹ Para profundizar en este proceso, véase: Gaudio, Ricardo y Thompson, Andrés, *Sindicalismo peronista gobierno radical. Los años de Alfonsín*, Buenos Aires, Fundación Friedrich Ebert – Folios Ediciones, 1990.

²² Palomino; Hector, “Los cambios en el mundo del trabajo...”, p. 394.

oposición. Frente a una hipotética recuperación para el peronismo del distrito con mayor caudal electoral de Argentina, su futuro gobernador debía:

- a) participar de esa conducción colegiada en las mismas condiciones que sus colegas;
- b) o podía reclamar legítimamente (en función del manejo de una considerable cantidad de votos) que éstos se encolumnaran detrás de su liderazgo.

El tiempo contestaría esa pregunta. Mientras tanto, la falta de una definición adecuada por parte de la conducción nacional de esa fuerza motivó la fractura del peronismo bonaerense. En las cruciales elecciones legislativas de noviembre de 1985, el oficialismo justicialista de esa provincia, en alianza con el MID, enfrentó a una agrupación construida por peronistas disidentes encabezada por Antonio Cafiero, en convergencia con un sector de la Democracia Cristiana. Se repetía una historia semejante a la de Mendoza de 1966: ganó el radicalismo, pero el peronismo disidente obtuvo casi medio millón de votos más que el oficial.

Desde la victoria de los referentes renovadores en las legislativas de 1985 hasta las elecciones internas que debían definir la candidatura presidencial del justicialismo para las elecciones de 1989, el peronismo funcionó de un modo semejante al de un partido político moderno. Ese proceso se inscribió en una etapa en la que: a) reaparecieron las dificultades económicas (sobre todo desde el segundo semestre de 1986); b) el gobierno radical pactó con el tronco participacionista del sindicalismo peronista (los 15) y claudicó ante la cuestión militar (levantamiento de semana santa). De este modo, la estrella del partido de gobierno fue desvaneciéndose y el peronismo especuló con recuperar en los siguientes turnos electorales el favor de los votantes.

En diciembre de 1985, los principales referentes de la fracción renovadora constituyeron una mesa de conducción provisoria. La integraba Carlos Menem (gobernador de La Rioja) junto con el bonaerense Antonio Cafiero y el porteño Carlos Grosso (ambos diputados nacionales consagrados en las legislativas de ese año). Mediante un documento fundacional, los dirigentes renovadores reclamaron la renuncia del Consejo Nacional del Partido y la modificación (previa reforma de la Carta Orgánica) del mecanismo de selección de autoridades partidarias, proponiendo su elección directa mediante el voto de los afiliados tomando al país como distrito único. Además, pedían

avanzar el proceso de normalización de los distritos intervenidos (para ese entonces, los de Buenos Aires, Córdoba, Jujuy y Río Negro). Mientras tanto, los dirigentes vinculados a la ortodoxia partidaria (Herminio Iglesias, en la provincia de Buenos Aires) se desplazaron hacia discretos segundos planos.

Durante los últimos meses de 1986 y comienzos del año siguiente se normalizaron los principales distritos intervenidos. En las elecciones internas realizadas en el peronismo de la provincia de Buenos Aires triunfó Antonio Cafiero; otro tanto sucedió en Córdoba, donde se impuso el dirigente renovador José Manuel de la Sota. Sin embargo, ya se habían comenzado a insinuar posibilidades de fracturas dentro de la fracción renovadora que en alguna medida respondían a la necesidad de obstruir cualquier intento de que un futuro gobernador peronista de la provincia de Buenos Aires se alzase con la suma del poder político dentro del peronismo. Promovió esa maniobra el gobernador riojano Carlos Menem, quien patrocinó en las elecciones internas bonaerenses una lista conformada por dirigentes de su círculo, en alianza con los sectores que habían sido desplazados de la conducción en los meses anteriores. En los meses siguientes ese dirigente efectuaría movimientos semejantes, provocando un corrimiento de la relación de fuerzas dentro del peronismo en su beneficio.

El peronismo ganó, finalmente, en el turno electoral de 1987. Consiguió algo más del 40% de las preferencias electorales que, si bien representaba su piso histórico, significaba en relación a las elecciones de 1983 un incremento en términos absolutos de cerca de 1.350.000 votos. Entre tanto, el radicalismo obtenía el 37.3 % y quedaba relegado a la condición de segunda minoría.²³ Antonio Cafiero se alzó con la gobernación de la provincia de Buenos Aires, y se recuperaban para el peronismo distritos estratégicos como la provincia de Mendoza (donde quedó consagrado como gobernador José O. Bordón) y la de Entre Ríos (en cabeza de Jorge Busti). Para fines de ese año, los referentes del justicialismo diagramaron una lista de unidad para participar en las futuras elecciones internas para elegir a las autoridades del partido. La encabezaba Antonio Cafiero, postulado para presidente. Lo secundaban Carlos Menem como vicepresidente, José María Vernet (elemento de las 62 Organizaciones) como vice 1º, Roberto García (representante del grupo sindical de los “25”) como vicepresidente 2º

²³ Turner, Zuleta Puceiro y Miranda, “El peronismo en las provincias”, en Miguens, José Enrique y Turner, Frederick C., *Racionalidad del peronismo. Perspectivas internas y externas que replantean un debate inconcluso*, Buenos Aires, Planeta. 1988.

y Carlos Grosso (de la ciudad de Buenos Aires) y José Manuel de la Sota (de Córdoba) como secretario general y secretario político, respectivamente. En los primeros días de 1988, los gobernadores reunidos en la ciudad de Mar del Plata decidieron (sin necesidad de elecciones) consagrar a Cafiero como presidente del Partido.

Fijemos esta imagen, la de un peronismo que ha resuelto, con procedimientos ajustados a los nuevos tiempos que corrían, su proceso de reorganización. En fin, la fotografía de un partido institucionalizado, con una conducción centralizada que operaba en el marco de un sistema de partidos. Sin embargo, el segundo referente en importancia de la llamada Renovación, Carlos Menem, reclamó la realización de elecciones internas para definir la fórmula presidencial. Éstas debían llevarse a cabo tomando al país como distrito único y no coincidir temporalmente con las que definirían el resto de las candidaturas. Al peronismo le llegaba la oportunidad de mostrarse como un partido totalmente renovado y democrático. Antonio Cafiero contaba, además, con el manejo del aparato partidario. ¿Podía, acaso, perder?

CONCLUSIONES

Mediante las líneas precedentes buscamos remarcar, ante todo, la pertinencia de comprender al peronismo como una organización política. Ese mecanismo de abordaje nos ilumina algunos aspectos que, aunque sobradamente transitados por otros análisis, permiten identificar cierta matriz en la lucha política y en la distribución del poder dentro del peronismo. Recordemos, a modo de cierre, cuales son.

Sostuvimos que el peronismo nace como resultado de la pretensión de su líder, Juan D. Perón, de tener un instrumento del cual servirse para alcanzar sus objetivos políticos. No sería desacertado recordar el fuerte componente carismático que presenta en la génesis de esa fuerza política. De esta suerte, el nuevo partido pronto presenta los rasgos que definen a toda organización carismática. Sólo por citar los más relevantes, estos son:

- la indiferencia respecto de las reglas formales,
- la ausencia de carreras política y
- una división del trabajo poco clara.

En definitiva, no resulta incorrecto afirmar que el primer peronismo se destaca por *“la presencia de un líder que realiza él sólo (...) todas las operaciones cruciales en la fundación de la organización: la elaboración de sus fines ideológicos, la selección de la*

*base social, etc. No sólo eso, sino que, dadas las peculiaridades del nacimiento de la organización, el líder se convierte tanto para los militantes como para los demás partidarios de la organización o por lo menos para la inmensa mayoría, en el único intérprete de la doctrina, además de su símbolo viviente y en el único artífice posible de su realización en el futuro”.*²⁴

Otro factor que merece destacarse es la condición de partido de gobierno que ostenta el peronismo en su origen. En este sentido, la posibilidad de utilizar discrecionalmente los recursos que el Estado puso a su disposición ayudó a acentuar su baja densidad organizativa.²⁵ Sin embargo, el elemento que influye decisivamente en la construcción material y simbólica del peronismo fue *la relación que Perón articuló con los sindicatos*. Así, entre 1946 y 1955, el gobierno peronista promovió la sindicalización masiva de los trabajadores y le otorgó a las organizaciones obreras una serie de beneficios materiales, al tiempo que instrumentó distintos mecanismos para subordinar a los sindicatos y encuadrarlos en el partido.

Ese cuadro original, dijimos, prevalece hasta setiembre de 1955, cuando un golpe militar derroca a Perón. Los gobiernos siguientes inhabilitaron electoralmente al peronismo (aunque con el curso del tiempo esa medida se acotaría sólo a su líder en el exilio). No estando garantizada la vía comicial, durante los años de la proscripción florecieron decenas de agrupaciones (de características irregulares, informales y sin articulación orgánica entre sí) que se referenciaron en el líder exiliado. Durante este período se acentuó el perfil movimientista del peronismo. Empero, la sobrevivencia de esa fuerza política descansó en la acción de los sindicatos, quienes contaban con considerables recursos organizativos. Esa situación motivó no pocos e importantes conflictos con un Perón poco proclive a que su liderazgo fuera puesto en cuestión. Más allá de la fugaz pero contundente presencia de las organizaciones guerrilleras, la tensión entre los sindicatos y el líder exiliado marcó a fuego el peronismo y excedió, con creces, el período de vida de su fundador. Debieron pasar diez años luego de la muerte de Perón, una derrota electoral inédita y la presencia de condiciones más certeras de continuidad institucional para que los mecanismos de acumulación de poder históricos fueran puestos en cuestión.

²⁴ Panebianco, Angelo, *Modelos de partido*, Madrid, Alianza, 1990, p. 271

²⁵ Sobre las características de los partidos de gobierno, cf. Panebianco, *Modelos...*, pp. 215-266.

Durante los primeros años del nuevo ciclo democrático el peronismo intentó resolver la acefalía de liderazgo que venía arrastrando desde la muerte de su fundador, en 1974. En este sentido, las elecciones presidenciales de 1983 constituyen un punto de inflexión en la historia del peronismo. Pese a la derrota de la fórmula presidencial, el partido obtuvo en ese entonces un sustantivo porcentaje de adhesiones electorales y triunfó en un importante número de provincias. En forma progresiva, el fiel de la balanza de poder fue inclinándose hacia el bloque compuesto por gobernadores, intendentes y legisladores. Aunque inorgánico, heterogéneo y con intereses dispares, ese nuevo espacio hizo valer su fuerza relativa, con distinta suerte, tanto en las transacciones entre las cúpulas como en los distintos congresos partidarios. El trabajo territorial pareció constituirse en un mecanismo de acumulación de poder tanto o más eficaz que el que históricamente brindaba la pertenencia a una organización sindical.

Este trabajo pretende remarcar, además, que por encima de ese cambio operado en la matriz de poder del peronismo, la tarea de reorganización partidaria se inscribió en los códigos específicos del clima de época instalado por el discurso alfonsinista. Éste concebía a la política como un mecanismo articulador de un espacio de interacción social, en el que los partidos retienen el monopolio de la intermediación y representación de los intereses de la ciudadanía. Se intentó construir, entonces, un partido acorde con las pautas organizativas clásicas, ajustado a la función que debía asumir en esa, en apariencia, auspiciosa democracia de partidos.